

Intervenció en la taula rodona:
NOUS PARADIGMES EN LA PRODUCCIÓ CULTURAL
CC Convent S. Agustí, 21 octubre 2009

1.

Como desde que ya no soy estalinista la pistola la dejo quieta en casa diré que, parafraseando a Goebbels, cada vez que oigo la palabra "innovación" me llevo la mano, ya que no a la pistola, sí a la cartera. Ya os podéis imaginar que este año, que en la Unión Europea está dedicado a la creatividad y la innovación, no gano para sobresaltos, ni dejo de llevarme la mano al bolsillo. La paradoja es que, en el fondo, nada hay más antiguo que lo de innovar. Pero innovar no ha sido siempre una tarea inherente al quehacer artístico. Antes al contrario. La "poiesis" de los clásicos se asociaba más que con el arte con la técnica, y el principio rector de l'actividad artística hasta el Renacimiento fue la representación de la realidad, su imitación, la "mimesis". Un pantocrátor románico, como una escultura griega, es apreciado en virtud de su sujeción al canon y no por cuestiones relacionadas con la innovación o la creatividad. La innovación en el arte formará parte del proyecto moderno, alcanzando su apoteosis en el Romanticismo. Las vanguardias desplazarán el centro de interés hacia la innovación y la ruptura formal y la denominada postmodernidad reivindica, en cierta forma, un retorno a la "mimesis" artística, aunque no referida tanto a la imitación de la realidad como a la de la propia tradición artística.

2.

También desde los clásicos, los mecanismos de creatividad están suficientemente repertoriados. Dado que, en el fondo, y como canta Jorge Drexler, todo se transforma y, por lo tanto, nada se crea y nada se destruye, y que como dijo en su día un antiguo director general del ramo "creador no hay más que uno, y el resto son artistas", la innovación en términos creativos tiene que ver con dos estrategias retóricas básicas: el desplazamiento o reubicación de algo en un lugar distinto, es decir, la "metonimia", y la convivencia de dos realidades ya existentes sin ninguna relación aparente hasta el momento, es decir, la "metáfora". Lo que solemos hacer, cuando innovamos, es ubicar algo fuera de su contexto habitual o inventar algo nuevo mediante la mezcla de dos cosas que ya existían. Y la metonimia y la metáfora como fundamentos de la "inventio", una de las partes fundamentales de la retórica clásica, se conocen por lo menos desde la Atenas de Pericles, en el siglo V antes de nuestra era.

3.

¿Estamos hoy ante un cambio de paradigma? Probablemente nuestra crisis es una crisis triple: la primera, más doméstica, tiene que ver con el fracaso, o por lo menos el agotamiento, del sistema productivo, todo aquello del turismo y el ladrillo. La segunda, occidental, no es otra que la consecuencia del estallido de la burbuja financiera especulativa. Pero la tercera, la crisis de la globalización, para entendernos, es una verdadera crisis civilizatoria, o si se prefiere un auténtico cambio de paradigma. El quinto, ni más ni menos, en la historia de la humanidad, si nos atenemos a las enseñanzas de Antoni Brey en este librito magnífico, "La Sociedad de la Ignorancia", que ha circulado de forma digital y gratuita a lo largo de los últimos meses. Según Brey la humanidad ha experimentado cinco mutaciones importantes, todas ellas

culturales. La primera fue la aparición del lenguaje. La segunda, la creación de la escritura. La tercera, la invención de la imprenta. La cuarta, el surgimiento de los "medios". Y la quinta, sin lugar a dudas, es la digitalización (o si se quiere, a la francesa, la "numerización", es decir, la posibilidad de reducir todos los contenidos al código binario) y esa "segunda piel" de la humanidad, esa red de redes que permite potencialmente la comunicación de todos con todos que es Internet. Y es gracias a esta quinta revolución que la riqueza ya no sólo procede de la tierra, el trabajo o el capital, sino que por primera vez es la cultura quien la produce.

4.

Cualquier innovación sólo se generaliza cuando existen condiciones sociales para ello. Los chinos ya usaban algo parecido a los tipos móviles de nuestra imprenta y los romanos ya usaban el vapor para provocar determinados "efectos especiales", pero no por ello la imprenta tipográfica o la máquina de vapor tuvieron que esperar menos tiempo para salir a escena. Quizás dentro de algunos años deberemos admitir que lo de la informática, en su lógica más profunda, tampoco fue nada del otro jueves. Del mismo modo, cualquier innovación genera un nuevo entorno "retórico" configurado al mismo tiempo por nuevas formas de "decir" (o si se quiere, nuevas "poéticas") y nuevas formas de "leer" (o si se quiere, nuevas "pragmáticas") que a veces puede tardar años, décadas e incluso siglos en generalizarse y estabilizarse socialmente. El Quijote, en el fondo, cuenta cómo alguien que lee las novelas modernas (vehículo de verosimilitud) como si fueran los antiguos libros de caballerías (vehículo de verdad) corre el riesgo de volverse loco, y eso era algo habitual en su época. Cuando en 1938 Orson Welles radia su célebre versión de La Guerra de los Mundos y genera una tremenda alarma social pone en cuestión la percepción tradicional de los medios de comunicación como transmisores de verdad. El cine tiene más de cien años, pero con la salvedad de algunos creadores experimentales como Peter Greenaway sigue contando sus historias con una coherencia ficcional anterior a su invención. Y los "telediaristas" son bustos parlantes que transitan a lo largo de cada edición desde lo internacional, que es lo importante, hasta lo cultural y deportivo, que es lo secundario, exactamente como lo hacía la prensa siglos atrás, desaprovechando las posibilidades "poéticas" del medio ante el pánico de la ininteligibilidad "pragmática". ¿Alguien se ha preguntado por qué siempre antes de las noticias aparece el reloj que nos da la hora, verdadera transposición, como decía Martín Santos, del reloj de la plaza mayor de nuestros antiguos pueblos?

5.

Una nota final de signo mayormente autóctono. Mantengo la convicción de que uno de los paradigmas de producción cultural con mayor rendimiento en Catalunya es y ha sido lo que podríamos denominar "la tradición reinventada". Aunque el diálogo entre tradición e innovación está presente, por activa o por pasiva, en todas las culturas algunas, como la nuestra, han hecho de este diálogo su razón de ser principal. Para los catalanes, como dijo Gaudí en su tiempo, "ser original es volver a los orígenes". A los catalanes, parafraseando a J.V.Foix "ens exalta el nou i ens enamora el vell". La lista de creadores consagrados que han hecho de la tradición reinventada su principal centro de interés comprende todos los géneros artísticos y es prácticamente interminable: Antoni Gaudí, Joan Salvat-Papasseit, J.V.Foix, Joan Miró, Frederic Mompou, Joan Brossa, Carles Santos, Comediants, Perejaume, Sisa... por citar

solamente algunos botones de muestra. Pero también Santi Santamaría o Carme Ruscalleda. Probablemente se trata de algo parecido a lo que Krzysztof Czyzewsky califica de "borderland ethos", una estrategia compartida de resistencia, o mejor de persistencia, de una cultura que se sabe pequeña y fronteriza. Pero lo más significativo es la desconexión existente entre la percepción externa, a escala internacional, de esa especialización en la "tradición reinventada" como un valor en alza y el creciente rechazo de la misma por parte de los decisores culturales autóctonos.

Aún a pesar de que las secuelas del estalinismo son difíciles de erradicar, estoy convencido de que algún día, cuando oiga la palabra "innovación", dejaré de llevarme la mano a la cartera. Pero nunca dejaré de despreciar cordialmente a los pseudocosmopolitas aquejados de aquello que Eugeni d'Ors denominaba el "pudor étnico".

Eduard Miralles